



 **Ángela**
Vallvey Mientras
los demás bailan

Mientras los demás bailan

Ángela
Vallvey

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1290

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Ángela Vallvey, 2014

© Ediciones Destino, S. A., 2013
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2014

ISBN: 978-84-233-4796-4
Depósito legal: B. 5.757-2014

Impreso por Rodesa

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Madrid,
10 de febrero de 1945

Lo único que le quedaba de Jaime a Melchora Mínguez era un informe escrito a máquina que la joven había leído mil veces después de mostrárselo a sus nuevos amos. Lo normal sería que, cuando dejase de trabajar como doncella para los señores De la Vera, ellos mismos le escribieran otro certificado que podría presentar en caso de tener que solicitar empleo en otra familia.

La muchacha lo sostuvo un momento entre las manos, observándolo con la mirada perdida e incrédula, como se examinan las pruebas de un crimen.

Era el clásico informe que incluía el nombre de la joven, de cuyos servicios Jaime había prescindido, la duración en el puesto, la clase de trabajo que efectuaba y unas pocas palabras acerca de su honradez, discreción y competencia. Estaba impreso en papel timbrado de la oficina de Jaime. Melchora lo leyó por enésima vez, con dificultad, aunque esta no fue la única ocasión en que sus ojos se nublaron al hacerlo:

Certifico que Melchora Mínguez ha estado a mi servicio durante dos años como doncella. Es honrada, escrupulosa y fiel en el cumplimiento de su deber; trabajadora y dócil. Deja mi casa por motivos familiares, muy a pesar mío. Estoy dispuesto a dar cuantos informes se me soliciten de ella.

Firmado:

Jaime Quijano y Aranguren Palavicino-Haartmund,
marqués de Astudillo

Melchora era de carácter animoso, pero después de lo que había sucedido con Jaime, y desde que abandonó el palacete en el cual había trabajado durante los dos últimos años, llevaba varios meses sin sentirse bien. Naturalmente, lo de que había dejado el trabajo «por motivos familiares» era una mentira tan grande como el palacio del engraido e impasible, aunque adorado, señor Jaime Quijano. Melchora no se había ido: el propio Jaime la había echado a la calle. Sin embargo, reconocía que la nota, gracias a la cual no tardó en encontrar un nuevo empleo, era correcta e incluso estaba presidida por cierta dosis de bondad, seguramente debido a los remordimientos de su antiguo señor y a que este era más que consciente de la importancia que una recomendación tenía para alguien como Melchora: una pobre chica de veinte años que llevaba algo más de dos en Madrid, a donde había llegado procedente de su noble y viejo pueblo de Extremadura buscando un trabajo que le impidiera pasar hambre. La fría noche de invierno marchitaba sus últimas luces por las calles de Madrid, y Melchora, una vez finalizada la jornada y recluida en su cuarto hasta que amaneciese, se frotó los pies con loción Pedicalor y esperó a que la fórmula hiciese el efecto que prometía. Las plantas subieron de temperatura, en unos momentos confortadas por una especie de fiebre transitoria, pero no tardó en volver a sentir las congeladas. Y eso que el piso de los señores De la Vera en realidad era una casa bastante confortable. Melchora le temía mucho al frío; en su pueblo no se daban las temperaturas de Madrid y, por lo tanto, no estaba acostumbrada. Se recogió el pelo oscuro y rizado en una trenza y se dijo que un día tenía que plantearse seriamente cortárselo por encima de los hom-

bros y peinarse a la moda, como hacían las mujeres madrileñas.

Se sentó en el borde de su cama y apoyó sobre las rodillas un cuaderno de colegio que pertenecía al niño mayor de los dueños de la casa. Agarró el lápiz con la mano izquierda y en una de las hojas de papel le escribió una carta a Jaime. Otra más entre las muchas que le había enviado desde que él la echó de la casa, ninguna de las cuales había obtenido respuesta hasta la fecha.

San Sebastián, 17 de mayo de 1945

El día estaba turbio; una bruma sucia como un cristal viejo empañaba el aire. El horizonte se veía borroso, como si alguien estuviese apagando una cerilla gigantesca en la lejanía. Soplabla una brisa fresca que, en ocasiones, daba la sensación de anticipar lo que sería un verano imperativo y, al instante siguiente, calaba hasta los huesos con un frío endiablado y húmedo. En esos momentos, unos alfileres de hielo que parecían provenir del Polo se clavaban en los rostros atónitos de los paseantes del Paseo de la Concha.

Lo que menos podía esperarse la gente que miraba, gritaba y señalaba al cielo con grandes aspavientos era aquello. Una avioneta se acercaba cada vez más, y no parecía tener intenciones de parar. Algunos de los paseantes salieron corriendo, asustados. Otros se quedaron paralizados por la sorpresa, como dándolo todo por perdido, pero sin querer renunciar al espectáculo.

Al final, el aparato no alcanzó la playa, efectuó un aterrizaje forzoso en el agua y permaneció flotando tal que un juguete gigante a menos de doscientos metros del lugar donde algún paseante acompañado de su perro miraba estupefacto. El fuselaje se partió por la mitad en el momento del impacto; daba la impresión de que los daños en el aeroplano serían cuantiosos viéndolo allí, cubierto de agua hasta aproximadamente la mitad de la portezuela. Pronto se concentró frente a la playa una pequeña multi-

tud de señoras, maridos preocupados, niños y perros, ninguno de los cuales quería perderse ni un detalle, y hubo codazos y empujones para conseguir situarse en primera fila. Los curiosos empezaron a congregarse a la vez que atisbaban en busca de algún superviviente, pero no se percibía ningún movimiento que permitiera deducir si los ocupantes estaban todavía vivos. En realidad, en la aeronave solo viajaba el piloto, que fue rescatado en compañía de un maletín negro de piel, de aspecto caro y manufactura extranjera, cuyo propietario se negó a soltarlo ni por un momento: lo mantenía atado a su mano mediante unas esposas de aspecto contundente.

Varios críos en bicicleta se increpaban entre sí, haciendo apuestas respecto al acontecimiento.

—Es muy pequeño para ser un avión. ¡Míralo, es una avioneta! —decidió uno de los muchachos con determinación.

—No es una avioneta, tonto, ¡es un bombardero! —dijo un crío con cara de pilluelo bromista.

El niño llevaba, sin saberlo, razón. Se trataba de un bombardero alemán Heinkel He-111. Llegaba volando desde Noruega, que los aliados acababan de liberar de los nazis. Finalizaba la segunda guerra mundial en Europa.

Aquellos dos niños, aunque veían perfectamente desde su lugar en la playa el símbolo nazi dibujado en el alerón del artilugio volador, no tenían ni la menor idea de qué significaba.

El avión se había quedado sin combustible y hubo de realizar un aterrizaje de emergencia en la playa de La Concha. Los viandantes agradecieron la emocionante distracción, y no porque San Sebastián fuera una ciudad aburrida ni mucho menos. Muchos donostiarros permanecieron observando con interés toda la tarde, hasta que fueron desalojados de la playa por las autoridades con la excusa de que era peligroso estar tan cerca.

Unos marinos españoles, subidos a la parte superior del artefacto, inspeccionaron el desastre con cuidado y

dedicaron toda la noche y parte del día siguiente a remolcar los restos del aparato. Pocos de los fisgones espectadores pudieron ver cómo sacaban de allí a un hombre aturdido, aferrado a una pequeña maleta, y lo metían discretamente en una barca de remos.

Acababa de tener lugar en San Sebastián el Campeonato de España de Segunda Categoría de Hockey que había enfrentado al Tarrasa y al Barcelona, el once de Educación y Descanso, y muchos aficionados que provenían de distintos puntos de la geografía habían aprovechado para quedarse unos días y disfrutar de la playa, aunque fuera de lejos. La prensa dio cumplida cuenta de la noticia deportiva. También del ambiente que vivía la Bolsa española ante el cese de las hostilidades en Europa: había recibido el fin de la guerra con absoluta tranquilidad y bastante ánimo; se experimentó una gran actividad cambiaria y una agradable intensificación del negocio, desvaneciendo así los malos pronósticos y los temores que algunos venían haciendo públicos desde un tiempo atrás, y que aseguraban que la Bolsa se mostraría nerviosa ante la paz. Todo lo contrario: parecía que la paz le gustaba más que otra cosa. Los mercados bursátiles daban prueba de «una admirable serenidad y sensatez», si había que creer lo que decían las secciones de Economía y Finanzas de los periódicos. El nuevo mundo de la paz que comenzaba en Europa estaba lleno de incógnitas, pero también de tentadoras posibilidades para todos, incluidos los españoles.

Madrid,

7 de diciembre de 1945

La novia vestía de un blanco resplandeciente, parecía brillar entre los tonos pálidos que adornaban el templo parroquial de San Jerónimo el Real. Pese a que la tradición mandaba que las flores de boda debían ser blancas, Eugenia Valterra y Ochotorena había hecho gala de su proverbial atrevimiento y encargó para su gran día una gran cantidad de ponsetias rojas, alegres y navideñas, que acicalaban el ambiente con sus pétalos abiertos, dispuestas en ramos de buen tamaño o mezcladas con el verde del laurel y del ciprés, por todos los rincones del oratorio. Una serie de guirnaldas interminable unía los bancos de madera gastada y recién pulida, y el sagrario se había rodeado de capullos de rosa blanca que apenas habían comenzado a marchitarse. El templo estaba ataviado con tapicerías rojas, y el efecto, de un teatral recogimiento, producía una sensación vibrante e intensa.

Isabel Quijano miró a su alrededor para empaparse de cada detalle de la ceremonia y, sin poder evitarlo, sintió una punzada de envidia. No es que no se alegrara por Eugenia, la hija menor de los marqueses de Rivera y amiga suya desde la infancia. Sencillamente, sospechaba que ella no tendría nada parecido en su vida, y no era capaz de ocultarse a sí misma la pena que le provocaba esa certeza.

De forma instintiva, se echó mano al vientre y lo acarició con disimulo, tapándose con el bolsito de mano. Aunque solo había tenido dos faltas, ya podía sentir al

bebé moviéndose dentro de ella. Rogó porque nadie se diera cuenta de cómo su cintura había empezado a ensancharse bajo el vestido de seda rosa de Balmain.

La novia estaba guapísima con un modelo de raso bordado en pedrería. Llevaba en la cabeza una ancha cinta con su pulsera de brillantes de pedida colocada de manera que formaba una coronita en la que se había prendido el velo de tul. La seguía el novio, Fernando Araoz, del brazo de su madre y madrina, una señora un poco sorda, pero de una singular elegancia, que vestía de azul oscuro y lucía un pequeño tocado y un gran velo sobre el rostro.

Isabel sabía que Eugenia amaba a Fernando, el hombre que estaba a punto de convertirse en su marido, y eso le causó otro ramalazo de envidia que sintió como un malestar casi físico. ¡Qué afortunada era su amiga y qué desgraciada ella!

Al mismo tiempo, al ver a Fernando sintió un pinchazo de miedo y de ansiedad. De repente, el día se le antojó una cuesta empinada que no tenía fuerzas para subir. Se dio cuenta de que él la miraba de reojo, solo un segundo, y luego apartaba la mirada como si la visión de Isabel lo hubiese quemado.

Fernando, el mismo joven apuesto y sonriente que estaba a punto de casarse con su mejor amiga, era el padre del hijo que esperaba Isabel. Ninguno de los dos habría querido tener ese niño que estaba en camino. Y lo que era peor: ninguno de los dos amaba al otro. Sencillamente, ocurrió lo que no debía haber pasado y ahora Isabel pagaba las consecuencias. Él no tenía ni idea de que ella estaba embarazada y no debía llegar a saberlo jamás, pensó Isabel. Mirar a Fernando, pronunciar mentalmente su nombre la volvía loca de rabia; una pena silenciosa y atormentada le recorría las venas cuando lo hacía. Ni siquiera sabía cómo era capaz de estar allí y de mantenerse en pie como si no pasara nada.

No, después de todo la vida no era el cuento de hadas que le habían prometido desde niña. La vida tenía trope-

zones en el camino como Fernando. Hombres que parecían la maleza en un jardín. En el edén de su vida, Fernando se había alzado igual que una breña áspera y enmarañada. Verlo allí, tan campante, como si no pasara nada, le aceleró el pulso y estuvo a punto de hacerla vomitar.

Se contuvo a duras penas, tragándose la náusea. Se dijo que nunca en su vida odiaría a nadie tanto como a aquel joven que la había dejado embarazada cuando ella ni siquiera era consciente de cómo se relacionaban íntimamente un hombre y una mujer, en un momento de su vida en el que la candidez, más que la inocencia, la dejó indefensa ante su rudeza y su intemperancia de bestia, tan bien disimulada tras aquella facha de niño bueno.

Ofició la ceremonia el canónigo de la catedral y capellán del colegio Jesús y María, donde la desposada y la propia Isabel se habían educado durante años. El oficiante leyó incluso una bendición de Su Santidad y dedicó unas emocionantes palabras a los novios.

Isabel cerró los ojos y trató de poner la mente en blanco, dejándose tan solo acariciar por el sonido de la Salve de Goicoechea que invadía el aire, interpretada por los Cantores de Madrid dirigidos por el maestro Bitrasco. Sonrió tímidamente a la abuela de la novia, viuda de Ochotorena, cuando creyó percibir un atisbo de curiosidad en los ojos bondadosos y rodeados de arrugas de la anciana, tan perspicaces y atentos como los de una joven pitonisa.

Unos motetes polifónicos del siglo XVI, de Tomás Luis de Vitoria, la envolvieron en una dulce ensoñación mientras contemplaba la larga hilera de monaguillos vestidos de rojo que formaban el cortejo nupcial encabezado por los novios, muy bien acompañados por los testigos y algunas personas de ambas familias.

Sintió un pequeño mareo, pero logró sobreponerse llevándose a la nariz el delicado pañuelo, que había empa-

pado bien en colonia aquella mañana, antes de salir de casa. Apestaba a Vieja lavanda Calber y notó con alivio cómo se espabilaba un poco.

Una vez concluida la ceremonia, novios, padrinos, testigos e invitados se trasladaron al Pavillón, en el Parque del Retiro.

Isabel hizo el trayecto en coche, acompañada de su hermano Jaime y su cuñada Sonsoles. Antes de entrar en el vehículo, y en previsión de que pudiera oírles el chófer, Jaime la agarró suave pero firmemente por el brazo y le susurró unas palabras de advertencia.

—A ver si te comportas, que estás muy pálida; parece que te vas a caer redonda de un momento a otro. —Lo dijo con toda la gravedad que requería la situación, con la mandíbula en tensión y sin apenas mover los labios—. No quiero que piensen que estás enferma. Ponte maquillaje en la cara, o lo que sea. ¡Haz algo por disimular, hija, que pareces tonta!

—Yo llevo en el bolso mis polvos de seda natural Tir-drak, si quieres te los dejo —se ofreció Sonsoles.

—No, gracias. Ya me arreglo yo, no te preocupes.

Isabel sacó una cajita de compactos y trató de engalanarse lo mejor que pudo aprovechando el trayecto en coche. Se arrebujo en el abrigo y miró por la ventanilla, intentando evitar los ojos de su hermano y su cuñada, que le abrasaban con su expresión acusadora.

Cuando bajaron del coche, Jaime escrutó a Isabel. Pareció estar conforme con el repaso al maquillaje de su hermana pequeña, y contrajo los finos labios.

Se aproximaron al recinto. Isabel vio que la extensa sala estaba decorada con cipreses y tapices a la entrada, y ya en el interior apreció las grandes arañas de laca roja de diversos brazos donde se gastaban cientos de velas encendidas.

Una larga mesa se alineaba a lo largo del salón, y otras redondas estaban situadas en los ángulos, todas ellas cubiertas con manteles de raso rojo y pirámides de plata

donde se hallaba dispuesto el bufé. Las mesas creaban un vivo contraste con las enormes losas de mármol blanco y negro del suelo, y la joven pensó que, vista desde el techo, la sala debía parecer un gigantesco tablero de ajedrez con grandes gotas de sangre.

Pudo ver al ministro de Información y Turismo hablando animadamente con su hermano, mientras su cuñada la vigilaba de reojo y de mala gana. Saludó al marqués de Luca de Tena y trató de mantener una pequeña charla divertida y didáctica con los hermanos menores de los novios, unos niños serios, limpios y bien educados que apenas podían rebullirse dentro de sus trajes de ceremonia. Aprovechó para darle un beso a su tía, Rosario Quijano y Aranguren Doménech-Agulló, y a su tío, Luis Díez de Icaza, el conde de Ribot. Su tía le acarició de forma leve la mejilla con una mano fina y enguantada.

—¿Estás bien, querida? —Arrugó un poco el ceño mientras hacía la pregunta—. Tienes ojeras, ¿te has dado cuenta?

La hermana de su difunto padre siempre había sido lo más parecido a una madre para Isabel.

—Sí, tía. Es la emoción nada más...

Se escabulló en cuanto pudo de la peligrosa curiosidad de la tía Rosario con la excusa de aprovechar para abrazar a la novia. Ambas soltaron unas lágrimas que sabían a despedida.

—Te voy a echar mucho de menos. —Eugenia la estrechó entre sus brazos con ternura.

—Yo a ti también. —Isabel contuvo el llanto a duras penas. Con Eugenia se iban también, de alguna manera, su infancia y su juventud. Percibió con claridad cómo, a partir de ese día, sería una mujer con las cargas de una adulta. Estaba obligada a serlo.

Eugenia e Isabel habían crecido juntas, habían ido juntas al colegio y juntas habían hecho el Servicio Social de la Mujer poco después de cumplir diecisiete años. Y, ahora, allí estaba Eugenia: preciosa con el pelo recogido y

las mejillas brillantes, recién casada con el hombre que amaba, pocos días después de cumplir los veinte años, ¡ni siquiera era mayor de edad!, casada como siempre soñó, como las dos habían soñado un día... Sin embargo, solo una de ellas estaba viendo cumplido su deseo, porque mientras que Eugenia se preparaba para salir de viaje a Suiza, de luna de miel, y más tarde a Argentina, donde pensaba instalarse con su marido, que había sido destinado como agregado comercial en la embajada de España, Isabel se quedaba en Madrid, soltera, sola y encinta. O mejor dicho: mucho peor que sola, pues su hermano Jaime tenía planes para ella. Planes para esconder la indecencia del embarazo en los que prefería no pensar demasiado. «De algún modo tendremos que tapar la vergüenza», le había repetido él hasta la saciedad.

A Isabel le costaba reconocer la sencilla verdad: que su mejor amiga se había casado con el hombre que la había dejado en estado en unas circunstancias que ni siquiera era capaz de recordar sin que le entrasen ganas de morir.

Desde que en el mes de mayo el jefe del Estado había obligado a la empresa de capital norteamericano International Telephone and Telegraph a venderle todas sus acciones, la Compañía Nacional de Teléfonos de España, la CNTE, había pasado por entero a manos españolas, y el joven Jaime Quijano y Aranguren, hermano de Isabel, tenía la esperanza de hacer una buena carrera a la sombra del nuevo Director General, Demetrio Mestres, un hombre de confianza del gobierno y de los socios privados de la compañía, el Grupo Urquijo y el Banco Hispanoamericano. También, por razones familiares, estaba bien relacionado con Juan Antonio Suanzes, el director del Instituto Nacional de Industria, un ingeniero naval, igual que Jaime. Llevaba dos años casado con Sonsoles, y a su edad hacía tiempo que se había dado cuenta de que no podría vivir de su herencia toda la vida, y mucho menos si quería formar una familia.

Había pasado algo menos de un año luchando en el frente como capitán de artilleros. Tuvo suerte porque la guerra acabó pronto para él, después de recibir una herida leve en un hombro que por fortuna no le dejó secuelas apreciables. Era mucho mayor que la media de los reclutas junto a los que combatía, y pudo ver cómo la contienda los hacía madurar a todos de un día para otro, hartos de desengaños y obligaciones que superaban con creces las capacidades que por edad les correspondían.

Jaime tenía prisa por asentar su posición profesional; no era uno de esos nobles que se conforman con vivir de las rentas e ir dilapidando poco a poco su capital, con lo que contribuía así a que, en un par de generaciones más, no quedase ni rastro del antiguo esplendor de su familia. Sabía que el mundo estaba cambiando y había decidido adaptarse a él, y tenía unos estudios superiores a los que pensaba sacar todo el provecho posible. Acabar la carrera le había costado mucho, pues la guerra se había metido por medio, pero también le sirvió para darse cuenta de que la vida es algo frágil, que pueden llegar tiempos nuevos en los que hay que ganarse el pan a pulso, que del cielo solo cae agua y, a veces, ni siquiera eso: para muestra ahí estaba la terrible sequía que llevaban padeciendo todo el año y a la que no se le veía el fin.

Pensó en su antigua criada, Melchora, en la última carta que había recibido de la muchacha, en la cual se quejaba mediante horrorosas construcciones gramaticales, con un inequívoco tono de víctima, y en la que insinuaba un cierto tipo de amenaza que no llegó a descifrar del todo, pero que le inquietó más de lo que quería confesarse a sí mismo. Aquella muchacha no había dejado de enviarle cartas cada vez más acuciantes desde que la obligó a dejar su empleo, lo cual resultaba francamente molesto.

Jaime se obligó a modificar la dirección de sus pensamientos. No valía la pena preocuparse por una sirvienta llorica. Todas eran iguales y, de cualquier forma, nadie les

haría caso ni podría tomarlas en serio mientras el mundo no cambiase de rumbo ciento ochenta grados.

Se dijo que iba siendo hora de olvidarse de los escarceos amorosos de la juventud y de centrarse en su mujer; había llegado el momento de formar una familia y sentar la cabeza, como hace todo el mundo a una cierta edad. Observó a Sonsoles complacido; le gustaba su admirable expresión de matrona, y se dijo que había hecho una buena elección casándose con ella. Qué lástima que los hijos estuvieran tardando en llegar algo más de lo que él desearía.

Volvieron a casa poco después de que se cortara el pastel de bodas, antes de que los novios se escabullesen del banquete y los reunidos empezaran a disgregarse.

—No olvides prepararte bien para la cita de esta tarde. Quiero que parezcas... —Jaime buscó la palabra exacta mientras examinaba de arriba abajo a Isabel— un buen partido —concluyó por último, a falta de un calificativo más elogioso.

Sonsoles sonrió, y con un desacostumbrado impulso de generosidad le tendió un pañuelito de hilo rosa a su cuñada. Tenía las iniciales de Jaime y de ella misma bordadas en una esquina.

—Anda, toma, sécate esas lágrimas, tonta perdida... —En sus ojos se dibujó una sombra de burla, o quizás fuese que Isabel era una mal pensada—. Al fin y al cabo, tú también vas a tener a tu príncipe. ¡Y un príncipe alemán, nada menos! Tienes que reconocer que para una madre soltera no está nada mal, así que no te quejes.

Mientras esperaba, Jacob —o Jacobo, como lo llamaba todo el mundo desde que había llegado a España— miró a su alrededor, satisfecho. Se acomodó en el sofá en forma de L, que parecía casi el mismo que salía en *La sogá*, la

película de Alfred Hitchcock, y sonrió ante la ironía. El espacio de la sala era continuo y ofrecía una impresión de serenidad que apreció, una especie de gran caja neutral, austera y geométrica con un aire coqueto y chic. La mañana había abierto un capítulo más de su vida, y allí estaba él, en el palacete de la plaza del Marqués de Salamanca propiedad de la familia Quijano y Aranguren. En realidad, el inmueble estaba en manos de aquel joven, Jaime, más que en las de su hermana, a pesar de que ambos eran los herederos en igualdad de condiciones. Jaime Quijano era marqués, y a Jacobo le gustaba; tenía una cara como un broquel de plata, de esas que no se inmutan con facilidad.

Golpeó con la puntera de su zapato de piel bien lustrada la tarima flotante de roble viejo. Empezaba a impacientarse. Pasaban diez minutos de la hora fijada. Tocó el maletín de piel negra que llevaba con él a todas partes como el amo de una hacienda acariciaría el lomo de su perro más fiel.

Se puso en pie y dio unos pasos nerviosos sobre la gran alfombra de lana portuguesa, de colores cenicientos. Detrás de un biombo de piel adornado con tachuelas había un secreter de palo santo con útiles para escribir correspondencia y un periódico abierto como al descuido, pero evidentemente situado allí con toda la intención. Se trataba del diario *Informaciones*. Databa del 2 de mayo del año en curso, 1945. Hacía dos décadas que Jacob Kantor hablaba español con fluidez —lo había aprendido en su infancia— y no le costó ningún esfuerzo leer el texto a una buena velocidad.

El titular decía: «Muerte de Adolfo Hitler. En el cielo hay fiesta mayor».

Dejó escapar una carcajada fresca, pero carente de espontaneidad. Sus ojos recorrieron las líneas llenos de una amarga sorna:

«Un enorme “¡Presente!” se extiende por el ámbito de Europa porque Adolfo Hitler, hijo de la Iglesia católica, ha muerto defendiendo la cristiandad».

—¿Hijo de la Iglesia católica? ¿Defendiendo la... *cris-
tiandad*? —repitió en voz baja, para sí, en español. Prefe-
ría hablar y hasta pensar en esta lengua siempre que le era
posible, dado que en ese idioma transcurriría, según lo
previsto, el resto de su vida—. Esto es nuevo.

No pudo evitarlo y finalmente soltó una exclamación
en alemán. Se llevó una mano a la barbilla, acariciándola
con cuidado. Su boca se curvó con la avidez de las fauces
de un león.

Sobre su tumba, que es la enorme pira de Berlín, podrá
escribirse el epitafio castellano: «El que está aquí sepultado
no murió, que fue su muerte partida para la vida». Si a
Adolfo Hitler le hubiesen dado a elegir su muerte, habría
elegido ésta. Ya se comprenderá que nuestra pluma, conte-
nida, no encuentre palabras para llorar su muerte cuando
tantas encontró para exaltar su vida. Pero Adolfo Hitler ha
nacido ayer a la vida de la Historia con una grandeza huma-
namente insuperable. Sobre sus restos mortales se alza su
figura moral victoriosa. Con la palma del martirio, Dios
entrega a Hitler el laurel de la victoria. La Historia, esa gran
Señora justiciera, dobla una página. Ahora aparece una
nueva Era, que empieza con esta referencia: «1º de Mayo
de 1945. Muere Adolfo Hitler por la libertad de Europa». Ha
muerto como un Nibelungo, abrazado a la espada.

Jacobo interrumpió la lectura y dejó escapar una sono-
ra y ácida carcajada. En ese momento, una vieja criada se
asomó al salón y le preguntó si deseaba beber algo más. El
hombre negó con un gesto de la mano, dejó el periódico
donde estaba y aprovechó para mirar el gran reloj de
cobre que reposaba sobre un mueble de madera clara,
de una sencillez teutónica, y que indicaba que los dueños
de la casa se estaban retrasando más de la cuenta.

—La señorita vendrá enseguida. —La sirvienta bajó
los ojos, incapaz de sostener la afilada mirada azul del
hombre.

—Está bien —dijo él, y tomó asiento, dispuesto a esperar un rato más. Mal empezaba la reunión.

Cuando la mujer del servicio se disponía a abandonar la sala, apareció Jaime, ágil y nervioso, como de costumbre, pero transmitiendo ese aire de eficiencia jovial que Jacobo tanto apreciaba.

—Mi querido amigo. —Dio unos pasos rápidos hacia él, con la mano extendida en señal de excusa y bienvenida—. Espero que sepas disculparnos. Mi hermana Isabel está arreglándose en su cuarto. Enseguida llega. Te ruego que nos perdones, pero no se sentía bien y... En fin, ya sabes cómo son las mujeres.

Jacobo le estrechó la mano y asintió lentamente, sin decir nada.

Isabel no quería salir de su habitación. No tenía ningunas ganas de conocer al príncipe alemán. Le daba lo mismo si era alemán o si era ruso. No deseaba casarse con un hombre al que no conocía de nada. Por mucho que ella estuviera embarazada, aunque llevase dentro de sí la vergüenza y la deshonra, no estaba segura de querer pagar el precio que Jaime le exigía para recuperar su honorabilidad.

Se paseó por la alcoba con pasos nerviosos. Se había quitado el vestido que llevara a la boda de su amiga y tenía puesto otro de solapas alzadas, con un escote circular y una manguita japonesa por encima del codo, en tela de batik amarilla que —pensó haciendo un puchero— combinaba bien con las paredes de color verde almendra pálido de su habitación. Se sentó en el diván, debajo de la ventana, y contempló con los ojos irritados por el llanto el frío día de invierno madrileño, seco y glacial como su propio futuro.

El *ABC* celebraba en su portada el cincuentenario del cinematógrafo, un poderoso arte que influía en la vida y costumbres de cada día, pero para películas la suya, pensó

la muchacha. Ojeó el periódico con mirada sombría, deteniéndose en un dibujo de su admirado Rafael Penagos que ilustraba un anuncio de Anís Castellana.

—«Ríamos un poco, ríamos y después de reír, bebamos...». —Leyó para sí el eslogan publicitario—. ¡Sí, pero es que a mí no me apetece ni beber ni reír...!

Jaime la había conminado a que se diera prisa. No quería hacer aguardar al príncipe alemán, que ya estaba abajo y bastante impaciente, si tenía que creer a Bibiana, la criada.

—Pues por mí, que espere un poco más... —se dijo.

Le habría gustado cubrir las contraventanas y echarse en la cama, cerrar los ojos y despertar en la oscuridad barnizada de su habitación siendo la misma que era antes de quedarse embarazada. Que todo hubiese sido un mal sueño. Al fin y al cabo, ni siquiera sabía muy bien cómo había ocurrido, de qué manera sucedió, cuando ella...

Se levantó y fue hacia su gabinete, a la mesa de dibujo, donde guardaba los lápices y la carpeta con sus creaciones. Sus fantasías de colores. Encendió una luz en forma de cuenco de cristal opaco que estaba situada casi encima de la mesa, y el papel de *chintz* de aquel rincón mágico donde daba esmalte a sus ilusiones pareció encenderse al calor de un fuego irreal.

—Todo debía haber sido más sencillo. Mi vida tendría que haber sido sencilla. Bonita y sencilla —murmuró irritada.

Paseó las yemas de los dedos sobre algunas de las mujeres que dibujaba en sus acuarelas. Elegantes y sofisticadas, sostenían cigarrillos encendidos tras largas boquillas negras, con la espalda desnuda y trajes de fiesta brillantes y luminosos, igual que sus imaginarias vidas. Iban peinadas a la moda, unas con el modelo «Arriba España», que últimamente causaba furor incluso entre las divertidas chicas Topolino, con un resuelto tupé en el centro de la cabeza hecho con un hilo de crepé. Había oído que, solo en Madrid, se vendía diariamente el equivalente a un kilómetro de esa seda para recoger tupés. Otras de las

mujeres de sus pinturas se peinaban al estilo de Veronica Lake; esas eran las que más le gustaban a Isabel. Ella misma había intentado imitar a la actriz americana, pero su pelo no tenía bastante cuerpo para dejar caer con sensualidad una mata de cabello sobre un ojo. Además, una vez que lo intentó, apenas veía por donde andaba y se dio un tropezón de cuidado contra la puerta del recibidor. A Isabel le sentaba mejor la media melena ondulada, y huía del tupé porque necesitaba demasiada laca para que se sostuviera y porque, por mucha que usara, este no tardaba en convertirse en una especie de suflé echado a perder sobre su cabeza. Otras de sus «muñequitas», como despectivamente las llamaba su cuñada Sonsoles, se parecían a María Montez, «la reina del tecnicolor», tal y como se la conocía en todo el mundo. Y alguna otra —las menos— a Lola Flores, porque a Isabel también le gustaba darle a sus pinturas un toque de folclore, con el matiz de los *tablaos* de los corrales, que ella, en realidad, solo podía imaginarse por lo que leía en las revistas, pues jamás había pisado uno y previsiblemente nunca lo haría.

De repente dejó los dibujos sobre la mesa y se frotó las manos, nerviosa y apurada. Sabía que no podía dilatar más el encuentro con el príncipe alemán.

En el tocador, se perfumó con agua de colonia Flores del Campo, que le había regalado su tía Rosario. No se encontraba bien, y ni siquiera la frescura del perfume logró reanimarla. Tal vez podría posponer la cita, tal vez podría...

Pero era absurdo aplazar lo inevitable. Isabel fue consciente de que, si no era esa tarde, sería la siguiente.

Se dejó caer en la cama, desmadejada.

En la alta mesita de noche reposaba el libro que estaba leyendo: *Nada*, de Carmen Laforet. La autora era una joven apenas tres o cuatro años mayor que Isabel y ya había ganado un premio literario. Al igual que le pasara en la boda de su amiga Eugenia, otra vez sintió la envidia roerla suave pero implacablemente por dentro mientras con-

templaba el libro que había estado leyendo las últimas noches. Con él, Carmen Laforet resultó ganadora por encima de otras veinticinco novelas que se presentaron al concurso, incluida una de César González Ruano, el prestigioso periodista. ¿Por qué Isabel no era capaz de lograr una hazaña parecida? Ganar un premio importante de verdad, no como los que le habían dado por enchufe en el Círculo; hacer algo por sí misma, como Carmen Laforet, o sentirse amada, como muchas de sus amigas. Cualquiera de las dos hazañas le serviría para ser feliz. Laforet había conseguido cinco mil pesetas y la publicación de la obra galardonada con el premio Nadal, que nacía para promocionar a autores noveles o poco conocidos. La escritora, además, había conquistado su ilusión fuera de los circuitos oficiales controlados por el Gobierno, lo que todo el mundo sabía que era mucho más meritorio. Aunque los censores habían asegurado que la novela era «insulsa, sin estilo ni valor literario alguno. Se reduce a describir cómo pasó un año en casa de sus tíos en Barcelona una chica universitaria sin peripecias de relieve, pero no hay inconveniente en autorizar su publicación».

Isabel había comprado el pequeño tomo y lo estaba devorando presa de un extraño encantamiento. Mientras leía, le parecía verse reflejada en un espejo. Incluso físicamente, sentía con Carmen Laforet una suerte de hermandad hecha de palabras tristes, de la melena corta y moderna de la autora y el óvalo firme de su cara, como de tenista extranjera que no se deja acosar con facilidad por el miedo. Pese a que ella, al contrario que la joven escritora, en los últimos tiempos vivía aterrorizada.

También tenían en común la orfandad —Carmen Laforet de su madre, a la que perdió en plena adolescencia; Isabel de sus dos progenitores, de los que casi no tenía recuerdos pero a los que echaba de menos a diario—. Sí, ser huérfanas era algo que también las unía, pensó Isabel, como un desgarró en el mismo vacío. La misma nada, que a las dos las cubría como un manto.

Llamaron a la puerta de la habitación e Isabel se puso en pie de un salto.

—Señorita, su hermano... —La suave voz de Bibiana le recordaba por enésima vez que tenía que salir para recibir al invitado.

—Sí, sí, ya voy. Dile que ya voy.

«Esta vez sí —se dijo, tapándose la barriga con las dos manos—. No hay escapatoria, me temo que vamos a conocer al príncipe alemán.»

Suspiró profundamente, se alisó la falda y salió del dormitorio cerrando la puerta con cuidado.

* * *

Como de costumbre, la joven Adelia había pasado el día trabajando en la casa, codo a codo junto con su madrina, Anastasia, una mujer madura con un rostro amable de una extraña simetría, aunque marchito y carente de viveza o atractivo. La cara de la mujer recordaba un lugar donde antaño hubo una claridad que se había apagado bruscamente. Una vez que terminaron sus tareas diarias, ambas se sentaron alrededor de la lumbre, cada una con su labor dispuesta sobre las rodillas. Tenían encendida la única bombilla de luz eléctrica con que contaba la casa, situada en la gran cocina con salida al patio y a los corrales. Aunque a Adelia le parecía un derroche, su madrina no veía tan bien como antes y la encendía una hora todas las noches, antes de irse a dormir, mientras bordaba un poco. Luego, se iba a la cama, pero Adelia se quedaba un rato más, trabajando a la luz de un par de candiles, con la iluminación eléctrica ya apagada.

Le gustaba el silencio de esas horas, pero también le daba miedo. Le recordaba a su infancia, a la noche en que desapareció su madre y ella se quedó sola, tartamudeando delante de una señora que le pellizcó en el pecho hasta que le hizo sangre. Todavía tenía una cicatriz. Y aún tartamudeaba, sobre todo cuando se sentía en peligro. Por eso, cuando le decían que era guapa, la muchacha no acababa de creérselo.

—Tú hazme caso, Adelia, hija mía: hay muchas cosas que debes tener en cuenta a la hora de buscar marido. —La mujer mayor se ajustó las gafas, que había heredado de su difunta madre y con las que se arreglaba bastante bien para coser.

—Sí, madrina.

—Tú eres guapa, así que podrás elegir novio. La mayoría de tus amigas no cuentan con la misma ventaja que tú.

—No diga eso, madrina. Por ejemplo, mire usted a la Paqui, la de los Hornajos. Es, es, es... bastante maja.

—¡¿Esa?! Esa no te llega a ti ni a la altura de la suela del alpargate.

Adelia sonrió llena de una extraña satisfacción, aunque trató de disimular agachando la cabeza, como si estuviera muy concentrada en los puntos que estaba dando.

—No sé —dijo con un hilo de voz.

—Lo primero que te aconsejo, y te lo he dicho mil veces, es que procures encontrar marido fuera de este pueblo. Aquí ya sabemos lo que hay, hija mía, y no es mucho.

—Ay, qué antigua es usted, madrina. Y qué exagerada...

—Sí, sí, exagerada... El único que vale algo es tu primo Julián, y al ser tu primo no cuenta. Tú tienes que buscar marido por ahí, para que se renueve la sangre y tus hijos sean sanos y listos. Pero, claro, al ser forastero el novio que elijas, debes tomar tus precauciones, porque lo que tiene de ventaja que sea un desconocido también será un inconveniente.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que no sabremos quién es ni cómo es, ni él ni su familia, y por eso tendrás que ocuparte de averiguarlo. Tienes que enterarte, principalmente, de si está sano. Si le funcionan el corazón, el aparato respiratorio y el sistema nervioso central.

Adelia soltó una risa alegre y luego un gemido apagado al pincharse con la fina aguja de bordado.